

DE BUENAS LETRAS

Libros, librerías y lectores

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Cuando se pasea por una ciudad y se toma el pulso a la calle, a sus paseantes, al entorno urbano, y se ven los diversos comercios y establecimientos públicos que conforman la identidad ciudadana, puede concluirse de forma provisional que hoy en día la apariencia es cada vez más homogénea y casi homologada. Sin atisbo de nostalgia y mucho menos de melancolía, es decir sin dolor por un pasado que ya no es ni pena por lo que aconteció o pudo acontecer, algunos observamos cómo ha cambiado el aspecto de una ciudad casi sin librerías, o con la desaparición de muchas de ellas. Hace unos años en la calle Reyes podía uno comprar prensa extranjera y libros en varios idiomas en una librería, Ganivet, con un nombre para nosotros relegado ahora a una calle de amplio y digno espectro hostelero. Más adelante había otra, Prieto, que ya había tenido local en la calle Mesones. Recogidas abajo se encontraba La Casa del Libro, y en Puerta Real estaba la librería Continental, hasta hace muy poco. Por la Gran Vía estuvo la librería Padre Suárez y otra, Atlántida, desaparecida hace un par de años, y algunas

otras manzanas más adelante estaba la librería del Sagrado Corazón.

Si se caminaba por la calle Mesones, curiosamente llamada en otra época Poeta Zorrilla, se encontraba con la librería Ventura y casi al final la librería Estudios, y al llegar a la Plaza de la Trinidad uno se encontraba la librería Don Quijote y unos metros más adelante la librería Paideia. En la Plaza de la Universidad se encontraban las librerías Al-Andalus, Europa y Velázquez, una de ellas aún abierta, pero con otra denominación. Por la calle San Jerónimo hacia abajo estaba la librería Don Pepe. Por Melchor Almagro hubo hasta dos o tres, ahora al menos una. Y no sigo, y dejo muchos nombres en la tecla, porque no pretendo hacer un catálogo de lugares inexistentes ni lerdo alarde de recuerdos. Y también he de decir que aún quedan algunas, y frecuentadas afortunadamente.

Es cierto que, como arguye más de uno, las ventas hoy se hacen por la red y la compra de libros queda supeditada a un mercado telemático más rápido y más barato en ocasiones, lo que sería discutible en algunos aspectos. La verdad que hay diversos modos de

adquirir libros y sistemas de venta cómodos y accesibles que muchos utilizamos, además, y no desdén en absoluto. A lo que yo me refiero es al vacío que se puede ocasionar al desaparecer el papel social y ciudadano de la librería en la que se intercambian títulos, se recomienda este o aquel volumen, se atiende al consejo del librero y se ojean y hojean páginas que nos van a ocupar parte de nuestra vida o ni siquiera las vamos a terminar.

La librería constituye un núcleo esencial de la ciudad y se cuenta con ella como algo ineludible en el paisaje urbano. En Inglaterra, sin ir más lejos, cuando se habla de las calles se nombra siempre a la inevitable presencia de una librería como Waterstones, presente en casi todas las ciudades, con varias plantas y diferentes espacios para el público lector. Y en alguna ciudad universitaria, me dicen, lo que era o pudo ser una librería de la Universidad repleta de títulos de su propia cosecha o de otros orígenes editoriales, pero potente foco librero, se convirtió en una especie de bazar variopinto lleno de tatarretes, cachivaches, camisetas, calendarios, muñequitos y mercaderías de toda laya. Pero, supongo, eso pertenece ya al mundo de lo inabarcable, en todos los sentidos.

El lector, aparte de acudir a bibliotecas o de recibir agradecido el préstamo del amigo, gusta de entrar en la librería, pasarse entre los anaqueles, repasar las novedades, buscar los clásicos más o menos antiguos y modernos, oír algún comentario del librero o de un conmlitón ocasional. La reciente película de Isabel Coixet 'La librería' quizás sea una representación alegórica en muchos sentidos, con buenos y malos, y con conciencia de la lectura, y su mención me sirve de coda muy requetebién.